MARIA Ó LA HIJA DE UN JORNALERO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

tomado de la novela que con el mismo título ha escrito D. Wenzeslao Aiguals de Izco.

Personages.

La marquesa de TURVIAS-AGUAS.	CORONEL.	Un fosforero.
ESPERANZA.	D. AMBROSIO.	CHIVOTA.
ANSELM) (padre de)	D. ENRIQUE.	Una aguadora.
MARIA.	El marqués de BELLA-FLOR.	Un escribano.
D. LUIS DE MENDOZA hijo del)	Un verdugo.	Alguaciles, pueblo y soldados.
	Una manola.	Dos niños, hijos de Anselmo.
	Un soldado.	

La escena es en Madrid.

Tomás Bretons y Ortega

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la puerta del Sol de Madrid; al fondo la iglesia del Buen Suceso: en el centro una fuente: á la derecha del espectador un ciego tocando un violin y rodeado de muchachos, aguadores, soldados, artesanos, etc.; á la puerta de la iglesia se hallará sentada Maria teniendo á su lado una jaula con un canario.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS DE MENDOZA *pasando pensativo en primer término.* DON AMBROSIO, MARIA, CHIVOTA *el ciego, un soldado, una manola, un fosforero, una aguadora, pueblo.*

(*Al levantarse el telon aparecerá el tio Chivota cantando los siguientes versos acompañado del violin y rodeado de gente.*)

CHIVOTA. La mujer que pretenda
salir de agovios,
es preciso que entienda
de cazar novios,
que hay malandrines
que cortejan á todas.
con malos fines.

CORRO. Bravo! bravo! tio Chivota!

FOSFORERO. Fósforos finos y papel de Tolosa, fumadores!

AGUADORA. Agua, agua! quien quiere agua!

CHIVOTA. Vamos, caballeros, un cuartito para el prove ciego que se le ha secao el palaar.

D. AMBRO. Las cinco (*mira el reló.*) Esta maldita vieja me va á desesperar con su tardanza!

CHIVOTA. Libritos para escribir y formar cartas, memoriales y esquelas al uso moderno!

SOLDADO. Ay madrina! (*A la manola.*) Sabe osté que me está osté fusilando con esos ojos!

MANOLA. De verdá? misté que ley!...

SOLDADO. Me marea el garbo de ese cuerpecito!

MANOLA. Me lo cuenta osté, ó me lo dice?

CHIVOTA. Tengan cariá, hermanitos, con el tio Chivota que se está cayendo de hambre;

D. AMBRO. Maria! Maria! que hermosa está en medio de su dolor! Si desgraciadamente se frustrasen mis esperanzas!... pero no, yo te perseguiré por todas partes, y si no te seducen mis halagos, la miseria te obligará á rendirte á mis deseos.

CHIVOTA. Una graciosa niña. (*Cantando.*)

De ojitos bellos,
Debe saber la viña
Que tiene en ellos;
Con tales ojos
Toda hermosura alcanza
Ricos despojos.

(*La gente del corro se empuja y aprieta.*)

Uno. Apártese la mocosa.

Otro. No me arrempuje el lechugino pobre!

Chivota. Tengan ostés cariá! hum! hum! (*tosiendo.*) A Madrí traigo en la mano, con las calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene Madrí!

Aguadora. Agua! agua! quien quiere agua!

D. Ambro. Qué grande es mi impaciencia! La tia Esperanza no viene y Maria ha llamado mas la atencion de estos necios petimetres. Maria! tus virtudes y la honradez de tus padres son los únicos obstáculos que se oponen á nuestra felicidad; pero todo lo vencerá mi constancia, mi pasion y mi dinero.

Chivota. Mira, chico, arrima junto á la esquina de la taberna del tio Mata-pobres, que esta gente no tiene devocion. Ay! que tiempos estos para los pobrecitos que no han comido!

(*Se retira hácia el foro seguido del corro que silva y grita á su alrededor.*)

Maria. (Qué desgraciada me ha hecho el cielo!... Que será de mi pobre padre!... Todos me socorren por los deseos de perderme... Ninguno se compadece de mi infelicidad!)

D. Luis. Diablo de muchacha!... y es bella como ella sola!... tan linda como desgraciada. De qué medios podria valerme para que aceptase mis obsequios? Es tan tímida, tan recelosa, que no se puede hacer carrera con ella. Pobre muchacha! tiene talento y conoce su desgraciada situacion. Sin embargo es virtuosa. ¡Cuanto debe padecer la infeliz!

D. Ambro. Esto es insoportable! si me habrá engañado esa mujer? Ah, no, ahí está. Maria, defiéndete; pero inutilmente tortolilla inesperta; prepárate á caer en las garras del Gabilan.

ESCENA II.

DICHOS, LA TIA ESPERANZA.

Esperanza. Loado sea Dios, don Ambrosio!

D. Ambro. Sea bendito y alabado, señora doña Esperanza: me tenia Vd. impaciente!...

Esperan. De verdad?

D. Ambro. Sí; como ha tardado Vd. tanto...

Esperan. Que quiere Vd. primero que las atenciones de la tierra son los deberes del cielo; me detuve á visitar las iglesias y...

D. Ambro. Vaya, no se disculpe Vd. mas... ve Vd. aquella niña que está sentada allí en frente y que tiene á su lado una jaula con un canario?

Esperan. Sí, la veo.

D. Ambro. Pues...

(*Hablan en voz baja. Entran del brazo el Marqués de Bella-flor y don Enrique corre apresurado.*)

ESCENA III.

DICHOS, EL MARQUÉS DE BELLA-FLOR Y DON ENRIQUE.

Marqués. Qué distraido te encontramos, querido Luis.

Enrique. Estará filosofando.

D. Luis. Estoy enamorado como un animal, querido Marqués.

Marqués. Y quien merece?...

D. Luis. Aquella que veis allí.

Marqués. Aquella miserable que está en la puerta del Buen Suceso?...

D. Luis. La misma.

Los dos. Alguna vagabunda! ja! ja! ja!

D. Luis. Deslenguados!

Marqués. Dinos, pues, quien es la tal señora, que á fé á fé, es alguna loca puesto que semejante capricho tiene de estar de esta manera.

D. Luis. Señor Marqués, no es señora porqué la sociedad guarda ese nombre solo para las que tienen fortuna sin ecsaminar si les cuadra bien ó mal: no es señora, porqué no tiene un abono en el teatro ni lujosos trages, porqué no tiene un carruage; y en fin, señor Marqués, no es señora porqué en cambio de su reputacion y honra no admite los obsequios de cuatro miserables como el señor Marqués...

Marqués. Don Luis!...

D. Luis. Escuchadme. Si para ser señora le faltan todos esos títulos brillantes, porqué al cielo le plugo privarla de ellos; es honrada, es virtuosa, es discreta, y esto señor Marqués, es para mí mas estimado que todos vuestros títulos de nobleza.

Marqués. Atrevido está Vd. don Luis.

D. Luis. Y justo, no es así?

Enrique. Señores, nada de disputas, por

Dios, que no estamos en tiempos de poner á riesgo nuestras conciencias. No sabeis?...

(*Prosiguen haciendo ademan de estar incomódados, y Enrique trata de apaciguarlos.*)

D. Ambro Ea pues, ya sabe Vd... seguidla hasta su casa y luego haced todo lo posible por conducirla á la de la señora marquesa de Turvias-aguas. Es una niña incauta y la seguirá á Vd. con cualquier pretesto que alegue.

Esperanza. Muy bien, será Vd. servido.

D. Ambro. Viva Vd. mil años, señora Esperanza. Me parece que no necesito encargaros la discrecion.

Esperanza. Líbreme Dios de ser bachillera y enredadora!

D. Ambro. Con recogerla hacemos un servicio á la humanidad, y la libramos de la miseria.

Esperanza. Yo lo creo. Cuantas desgraciadas quisieran tener esa fortuna.

D. Ambro. Vamos, retírese Vd. un poco y no la pierda Vd. de vista. Pobrecilla. Entre tanto yo voy á decirla algo para animarla.

(*Se dirije cautelosamente hácia donde está Maria.*)

Aguadora. Chico, apártate de aquí con tus fósforos que me empalagas!

Fosforero. Qué está Vd. diciendo, tia Pelona!... Con que ha venido Vd. ayer, nuevecita... si señor, acabadita de llegar, y ya quiere Vd. quedarse dueña del puesto! pues me ha gustado la ocurrencia!...

Aguadora. Calla, muchacho!... No quie osté agua, caballero?

Fosforero. Como que ocupo yo este puesto desde que me lo dejó mi tio Simon el Chispero, y naide me ha dicho nunca ni siquiera una palabra hasta que osté ha venio á vender agua despues de haberse estado curando en el Hespital.

Aguadora. Chico, mia que te endiño una gofetá!

Fosforero. Papel de hilo, fósforos finos. Quien compra javon de olor, fumadores!

Enrique. Con que, señores, se acabó esto, vamos á otra cosa. De verdad no sabeis lo que ocurre?

Marqués. Nada sé yo por mi parte, te lo juro.

D. Luis. Ni yo tampoco.

Enrique. Pues me gusta: escuchadme... Se ha declarado el cólera en la corte.

D. Luis. El cólera?

Marqués. Qué disparate!

Enrique. Lo que os digo.

Marqués. Que inocente eres, Enrique.. has leido hoy los periódicos?

Enrique. No los leo nunca.

Marqués. Pues léelos y verás cual es el cólera que tenemos en Madrid.

Enrique. No te entiendo.

Marqués. Querido Luis, me harás el gusto de creer como te he dicho que no fué mi ánimo...

D. Luis. Lo creo, y te dispenso, Marqués.

D. Ambro. Es preciso hacer todo lo posible porqué no se me escape la muchacha. Vaya que es hermosa!

Maria. (Dios poderoso! apiádate de mi! ten compasion del triste estado en que nos hallamos, y si no te bastan mis súplicas, ten misericordia de aquellos inocentes que no han podido ofenderte!)

Soldado. No oye osté, seña Alifonsa?...

Manola. Tengo tabicaos los oidos, mi Coronel.

Soldado. Y muchísima gracia en ese pico, salero!

Manola. Me hace osté reir! ja! ja! ja!

Chivota. Quien me compra la historia de Garcilaso, los doce Pares de Franca y la cancion del Gerineldi...

D. Luis. Razon; entendimiento mio, ilumíname, haz todo lo posible para que pueda de una vez conseguir la confianza y el amor de ese ángel de hermosura!

Aguadora. Ahorita vino la fresca, quien quiere agua?...

D. Ambro. Hasta la miseria la hace aparecer mas encontadora, y da realce á su belleza. Vaya, como que me parece una Palomita!

Fosforero. No se vende ni un ochavo!

Aguadora. Como que es martes.

Fosforero. Ay! entonces ni te cases ni te embarques.

Aguadora. Ni vendas fósforos

Fosforero Pue sabe osté lo que la digo, que apesar del refran, mejor me casaba yo con osté y me hacia aguador, que no...

Aguadora. Sabe osté que era osté mejor para monaquillo que para fosforero?...

D. Luis. Qué interesante está!...

Marques. Y mereceré la confianza de que me cuentes de qué clase son tus amores y á qué altura se encuentran?

D. Luis. Tendré en ello una complacencia

por que te convencerás de que bajo ese tosco sayal se encuentra el corazon mas puro, el alma mas angelical que puedes imaginarte.

ENRIQUE. Pero, Marqués, cuéntame antes lo que dicen los periódicos: me has puesto en ascuas, y á fé que la vida es mas interesante que esos locos amoríos.

D. LUIS. Para tí, Enrique, que eres un miserable, es cierto que la vida y una buena mesa es lo primero ante todas las cosas.

ENRIQUE. Justamente. Yo estoy por lo positivo. Conque, cuéntame, cuéntame, Marqués, lo que hay respeto á ese maldito cólera, porque yo á la verdad pienso salir de Madrid. Seria una estupidez morir de semejante enfermedad. (*Observando á don Ambrosio.*)

D. LUIS. Sí, Marqués, cuéntale los progresos del cólera, mientras yo me llego á la puerta del Buen-Suceso.

MARQUÉS. Vuelves?

D. LUIS. Al momento. (Si será este el majadero...)

D. AMBRO. Dime, hermosa niña, vendes canarios?

MARIA. Si señor... (*Tristemente.*)

D. AMBRO. Y bien, cuanto pides por él, con la jaula por supuesto?

MARIA. Ay Dios mio! Señor, si no fuese por la necesidad en que me hallo, no le daria en ningun precio; pero si quiere usted darme lo que me costó.

D. AMBO. Vamos á ver, ¿y cuanto te ha costado?

MARIA. Cuatro duros.

D. AMBRO. Cuatro duros? Estás en tu juicio, muchacha! La jaula no vale dos... y digo!... el canario está en buen estado! yo creo que no llegaria vivo á casa.

MARIA. Dios mio!

D. AMBRO. Mira, dos duros s lo que te doy por todo: la jaula... y... la vendedora es lo que me gusta, que lo que es el canario, probablemente al llegar á casa se lo zampará el gato.

MARIA. Qué desgraciada soy!

D. AMBRO. Vaya, en dos duros me lo llevo.

D. LUIS. Queda mio el Canario.

(*Subitamente.*)

MARIA. Cielos!

D. LUIS. Toma. (*La da una onza de oro.*)

MARIA. Dios mio! esta onza... Vd!...

D. LUIS. Si, yo soy, ingrata! ya que no quieres corresponder al amor que te profeso tendré á lo menos una prenda tuya que mitigará mis tormentos. (*Llama á un muchacho.*) Toma, muchacho, llévate esta jaula á la Fontana de oro al cuarto de don Luis de Mendoza.

D. AMBRO. Oiga! mire V. que trasto!... y le ha dado una onza! Este es un rival, no hay duda... yo averiguaré quien es. Esperanza lo averiguará todo. (*vase..*)

(*Quedan hablando un momento Maria y don Luis.*)

ENRIQUE. Vamos, sácame de esta impaciencia, Marqués.

MARQUÉS. Ecsúchame, y guarda el secreto.

ENRIQUE. Guardar el secreto en cosa tan interesante para la humanidad!

MARQUÉS. Ó pregónalo si gustas, siempre que á mí no te refieras.

ENRIQUE. Eso es diferente. (*Habla bajo.*)

D. LUIS. Reina mia, si le falta á Vd. un amigo, aquí está no solo quien se ofrece á servirla toda la vida, sino á servirla como esclavo siempre que Vd. se sújete á ser su amable compañera.

MARIA. Vd. se ha equivocado, caballero...

D. LUIS. Un sí de esos lindísimos labios puede colmar mi felicidad y acaso la de Vd... Picarila! no dude Vd. que la amo de veras, y si se digna escuchar mis ofrecimientos, si se digna aceptar mi corazon, tengo, á Dios gracias, medios suficientes para proporcionar á Vd. toda suerte de comodidades! Donde vive Vd? Cual es su nombre?

MARIA. Vivo en casa de mis padres, y en cuanto á mi nombre para nada puede interesar á Vd. (*Siguen hablando bajo.*)

ENRIQUE. Luego el cólera que tenemos en Madrid es una sociedad de malvados que envenenan las aguas de las fuentes públicas.

MARQUÉS. Justo y cabal.

ENRIQUE. Porqué no ahorcan á todos los señores socios?

MARQUÉS. Porqué no se sabe quienes son.

ENRIQUE. Pues conociendo la obra, no es difícil sacar el autor.

MARQUÉS. Ya se hacen pesquisas con ese objeto, y se descubrirán seguramente, á no ser que esté decretado que muramos rebentados.

ENRIQUE. No así yo, que te juro no probar el agua hasta que salga de Madrid, que será bien pronto.

MARIA. Caballero, soy una pobre; pero creo que mi pobreza no le da á Vd. derecho para burlarse de ese modo...

D. LUIS. Yo burlarme! pues qué? hay en

Madrid ojos mas encantadores ni cuerpo mejór contorneado que el de Vd? Dígame Vd. su nombre, hermosa, dígame donde vive, ó deme Vd. permiso de acompañarla... si es que no he de hacer mal tercio á otro amante... acaso mas feliz que yo.

MARIA. Repito, caballero, que se ha equivocado Vd.

FOSFORERO. Vamos, Tio Chivota, otra coplilla!

CORRO. Si, si, que cante el Tio Chivota!

ESCENA IV.

DICHOS Y ANSELMO *con un cántaro y la cara cubierta con el sombrero, se dirige lentamente y pensativo hácia la fuente donde coloca el cántaro y saca una petaca.*

ENRIQUE. (*observando á Anselmo.*) Marqués, sabes que aquel hombre que ha llegado á la fuente me infunde respeto? Será alguno de los socios?

MARQUÉS. Que disparate! es un miserable jornalero.

ENRIQUE. Si, pero... no ves?... ha dejado el cántaro y saca una cartera.

MARQUÉS. Es la petaca, hombre.

ENRIQUE. La petaca?

MARQUÉS. Sí.

ANSELMO. Ni aun tabaco va á quedarme en quemando este último cigarro. Dios mio! Dios mio! cual fué mi pecado para que así me dejes de tu mano?

(*Se le cae la cartera dentro de la fuente: al mismo tiempo canta el ciego instado por las diferentes voces de «que cante Chivota! que cante!» que deben oirse sin césar.*

CHIVOTA. Yo soy como una malva.
dice el que es ducho,
y agoto luego en salva
todo el cartucho;
pero el demonio
hace que huya á la idea
del matrimonio.

(*Grita Enrique despavorido.*)

ENRIQUE. Favor á la reina! favor á la reina! es un envenenador! un envenenador!

TODOS. Muera! que muera el envenenador público. (*gritos diferentes.*)

MARQUÉS. Pero qué has hecho, Enrique?

ENRIQUE. Le he visto echar el veneno!

D. LUIS. Miserable!

(*Dirigiéndose á Enrique.*)

MARIA. Dios mio! Dios mio! Salvadlo! Salvadlo!

TODOS. Muera! Muera el envenenador!

(*Confusion general: sale la guardia del principal y dispersa á viva fuerza á los amotinados que gritan.*)

TELON

ACTO SEGUNDO.

Casa de Anselmo amueblada miserablemente. Al levantar el telon llaman á la puerta.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, *despues* ANSELMO, CIRUJANO, DON AMBROSIO.

MARIA. Quién llama?

ANSELMO. Abre, hija mia, abre querida Maria. (*Dentro.*)

MARIA. Mi padre; (*Abre la puerta.*) qué veo, Dios mio! Viene V. herido, padre mio?

(*Entra sostenido por don Ambrosio y el cirujano que lo colocará en un sofá viejo. Trae un brazo vendado.*)

ANSELMO. Sí, herido: pobre Maria; herido viene tu padre.

MARIA. Dios mio! Dios mio!

AMBROSIO. No tenga V. cuidado pobre niña. Por fortuna llegué yo á tiempo, y he podido salvarlo. Tambien el señor doctor ha prestado buenos servicios á vuestro pobre padre.

MARIA. Pero decidme, qué le ha sucedido?

ANSELMO. Nada, hija mia. Me han querido asesinar por envenenador; pero el cielo me ha salvado.

MARIA. Qué dice V., padre mio?

ANSELMO. Sí, hija mia. He estado para morir entre las manos del mas desenfrenado populacho:

Ambrosio. Yo lo he salvado Maria, no olvides que me debes la vida de tu padre.

Maria. (Dios eterno! Cuando te apiadarás de nosotros?

Cirujano. (*Que ha estado examinando la herida.*) Pronto, vendages... Hay que hacer una grande operacion... por ahora hay que estraerle la bala, y probablemente mañana habrá que hacerle la amputacion.

Maria. Dios mio! amputar á mi padre el brazo derecho, que es el único elemento de vida del trabajador! No parece sino que la providencia quiere probar hasta donde alcanza el sufrimiento de estos desventurados seres, haciéndonos apurar hasta las heces la copa del dolor. No bastaba haber perdido á mi pobre madre en la flor de su edad; era preciso que quedase inútil tambien para el trabajo, á fin de que sus hijos bajasen al sepulcro despues de haber probado todos los horrores de la indigencia y la desesperacion.

Anselmo. (*Delirando.*) Hambre, sí; tienes hambre, hija mia? tienes hambre porque en este mundo se abandona la virtud. Los que como tu padre, infeliz, cumplen con las leyes del honor, sirven á su patria con lealtad, y son siempre honrados, acaban... como nosotros... hijos mios... muriéndose de hambre!... oh! si estuviese aquí mi coronel...! Si mi coronel viviera!.. por qué ha muerto?.. no hay duda... era tan valiente!... siempre era el suyo el primer sablazo!... siempre en los sitios mas peligrosos... Ha muerto!.. sí... ha muerto!... Estais aqui!... Maria! mírale, lo ves? Acabáronse ya nuestras desgracias! Maria; abraza al que debia ser tu padrino!... Ahora yo! un abiazo mi coronel... ja! ja! ja!

Maria. Oh! Dios eterno! padre de mi corazon!

Ambrosio. Señor facultativo, yo como V. sabe, soy un pobre... bien sabe Dios cuanto lo siento! (El tambien me salvó con la vida. algunos ahorros en otro tiempo no muy remoto...) procure pues cuidarle del mejor modo posible. Si necesita consultar á otros profesores.... si hay que hacer gastos, por crecidos que sean... yo lo pago todo... Pongamos nosotros los medios posibles para salvar á este honrado artesano, á quien quiero... como á padre, (*Mirando á Maria.*) sí, como á padre. Y tú, jóven digna de mejor suerte, toma estas monedas, no son mias, tu padre me las salvó en otra ocasion, y es justo que remedies con ellas los males de una familia, á la cual me ligan para siempre los mas estrechos vínculos de amor y gratitud.

Maria. Pero señor, yo no os comprendo, no se quien sois. Estraño mucho...

Ambrosio. No llores pobre niña... Por ahora procura dar ejemplo de resignacion á tu desventurado padre... Por Dios, hija mia!... no hay que abandonarse de ese modo al dolor! Dios es justo y misericordioso... y así como su divina justicia ha burlado la ferocidad de los asesinos, creeme hija mia, velará por nosotros... No es verdad, señor facultativo, que no es peligrosa la herida?

Maria. Ah!

Ambrosio. Vuestro padre... curará en breve, porque gracias á Dios estoy yo aquí para que nada le falte. Con las medicinas que ordenen los facultativos, con mis celosos cuidados, con el esmero de todos nosotros; buenos caldos, buenos alimentos... Sí... Dios nos ayudará, y no dudeis que le salvaremos... Ea pues! enjugad vuestras lágrimas, hija mia, y tened confianza en Dios!

Maria. Oh! cualquiera que V. sea, señor, yo le bendigo... Permitidme, señor, que bese la mano de mi bienhechor.

Ambrosio. No te molestes, Maria, tranquilízate.. tu padre me salvó la vida en cierta ocasion... Si con la misericordia de Dios salvo yo la suya, no hago mas que cumplir con mi deber... Toma pues, Maria, estas monedas, come, aliméntate y procura que nada falte á tu padre.

Maria. Gracias, señor, mi padre devolverá á V. este dinero cuando pueda trabajar.

Ambrosio. Déjate de eso, tontuela. (Tu amor, tu amor es lo que yo quiero en cambio... bien va esto... Carilla me va á costar la muchachuela, pero todo lo merece.)

Cirujano. Está dispuesta la cama?

Maria. Si señor.

Cirujano. Llevemos á ella al enfermo para poderle hacer la curacion.

Ambrosio. Sí, sí vamos.

(*Ambrosio y el cirujano lo llevan.*)

Maria. Por aquí, señores, por aquí.

ESCENA II.

MARIA *sola.*

Cuan diferente juicio habia yo formado de este santo hombre desde la primera vez que le

ví. Todo cuanto hace por nosotros es obra de su buen corazon. Cuan engañada estaba yo que traslucia en él designios criminales! Perdonadme señor por haber abrigado semejantes sospechas del salvador de mi desdichado padre. El cielo es el que nos envia el hombre á quien ha poco detestaba, porque me lo imaginaba diferente de lo que en verdad es. Sí, lo amaré en adelante como á mi segundo padre.

ESCENA III.

MARIA, CIRUJANO.

MARIA. Os retirais?

(*Al cirujano que sale.*)

CIRUJANO. Sí, pobre niña.

MARIA Cómo queda mi padre?

CIRUJANO. Imagino que no será menester ahora la amputacion del brazo: don Ambrosio queda al lado de su cabecera mientras yo vuelvo. Podeis descansar, pobre Maria; vuestro padre se salvará, así lo espero.

MARIA. Gracias, señor, gracias, cómo pagaré á V. todo cuanto le debo?

CIRUJANO. Déjate de eso, Maria, devolviéndoos á vuestro padre quedan suficientemente satisfechos mis desvelos. Á Dios Maria hasta luego.

MARIA. El cielo os guarde, mi bienhechor.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

MARIA, AMBROSIO.

MARIA. Todos me amparan cuando mas desgraciada me creia yo. El doctor me asegura la salvacion de mi padre y don Ambrosio, ese hombre tan generoso nos socorre prodigamente en nuestra miseria. Cuantos beneficios debo á estos hombres. (*Se sienta apoyada en una mesa.*)

AMBROSIO. (*Entra bostezando.*) Como! Maria! sin dormir ni un momento! pobre niña?

(*Se sienta al lado de Maria.*)

MARIA. Y mi padre?

AMBROSIO. Durmiendo perfectamente... Qué hora es? (*Toma polvo,*)

MARIA. No tardará en amanecer. Las tres dieron hace rato.

AMBROSIO. Todo sea por amor de Dios. (*Otro polvo*) Maria, ya ves como la providencia nos traza la feliz senda que debemos seguir en adelante.

MARIA. Oh! sí supiera V. cuanta es mi felicidad al ver su generoso comportamiento.

AMBROSIO. Yo no hago nada, hija mia... Dios lo hace todo. Dios me ha salvado de las garras de mis asesinos. Dios me ha destinado esta casa haciendo que tu mismo padre me conduzca á ella... tu mismo padre, Maria. Lo entiendes? Comprendes la voluntad de Dios?

MARIA. La voluntad de Dios?

AMBROSIO. Si hija mia... la voluntad de Dios que es, que amenos al prójimo como á nosotros mismos. Tu inocencia hija mia, no alcanza á penetrar en sus divinos arcanos. Crees Maria que yo no soy hombre como los demás? Si hija mia, lo soy, y seria un monstruo si desobedeciese los impulsos de aquellas pasiones nobles, magnanimas, que inspira la misma divinidad. Entre estas pasiones sublimes. Cual es la mas digna de los corazones virtuosos? El amor, Maria, el amor!

MARIA. Señor, no entiendo á V... (*Con rubor.*) (Dios poderoso no me engañaba. Infeliz!...)

AMBROSIO. No te bastan, cruel, las aglomeradas pruebas de la proteccion que dispensa la divina providencia al amor que te profeso? Creelo hija mia, Dios me ha conducido aquí para que sea vuestro paño de lágrimas. Ya ves hermosa Maria, yo poseo todo lo suficiente para sostener todas vuestras necesidades... yo las socorreré... hija mia, y la felicidad renacerá en esta casa. Tu padre bien asistido quedará enteramente curado dentro de breves dias... tus hermanitos recobrarán la lozanía de la juventud y de la niñez, merced á nuestros cuidados. En una palabra, la paz y la alegría renacerán en esta casa, y á tí, hermosa mia, se deberá tamaña felicidad... porqué... sabelo de una vez.. yo te adoro, Maria.

MARIA, Calle V. señor! Creia yo al mirar su generosa conducta que obedecia V. á los impulsos de la gratitud: pero veo con horror todo lo contrario! Al hombre que está postrado en el lecho del dolor, al hombre á quien segun V. mismo acaba de decir debe la vida quiere V. cubrir de infamia, ofendiendo á ese mismo Dios de bondad á quien sacrilegamente hace V. cómplice de sus maldades! Calle V... calle V. repito. No abuse V. de la dolorosa situacion en que nos hallamos.

AMBROSIO. Que niña eres Maria! Con que el cuadro halagüeño que he presentado ante tus ojos, es cubrir á tu padre de infamia?

Maria. Lo seria, si señor, porque se deberia á un amor criminal.

Ambrosio. Criminal! Valgame Dios! Razonemos con calma, hija mia! Si tu correspondieses á mi amor; si nadie mas que tú y yo tuviese noticia de esta amorosa correspondencia, donde está la deshonra? Donde está el crímen? Cuando no hay escándalo no puede haber delito, mucho menos en una pasion tierna y sincera, llena de deleites que no hacen daño á tercero, y que por el contrario labrarian para siempre la felicidad de una numerosa familia.

Maria. Perdóneme V, señor, no puedo escuchar mas ese estraño lenguaje de inmoralidad y depravacion, y le suplico no se atreva á hablarme nunca de ese modo. Nuestra pobreza no le autoriza á V. para insultarnos, señor, y sepa por último (*Se levanta.*) que; en la casa de un miserable jornalero, se prefieren todas las calamidades... el hambre... la misma muerte... á la deshonra!

Ambrosio. (*Colérico.*) Maria!... por la última vez, encantadora Maria, te suplico que me oigas un momento. Yo no puedo vivir sin tu amor. Reflexiónalo bien... Si correspondes á esta llama que me devora... á esta pasion que Dios proteje, será tu existencia una fuente perenne de delicias y de felicidades... seré tu esclavo... todo el oro que poseo se empleará en el bien estar de toda tu familia, y nadie descubrirá nuestro amor, porqué ambos seremos prudentes... y por que los beneficios que yo derramaré sobre vosotros parecerán naturales á tu padre despues de haber salvado mi vida. Compara ingrata, compara este cúmulo de goces y de placeres con la indijencia que os aguarda si te muestras insensible á mis afanes.

(*Le toma la mano.*)

Maria. Repito á V. señor, que en esta casa se prefiere la miseria á la deshonra, y si no suelta V. mi mano... grito (*forcejeando*) sin consideracion al estado de mi padre, que es lo que ha podido contener hasta ahora los efectos de mi cólera... porque ha de saber V. que le detesto con todo el horror que puede inspirar un mónstruo salido del infierno.

Ambrosio. Piedad, hermosa Maria!

(*Le besa la mano.*)

Maria. Retiraos! Socorro! socorro!

(*Da Maria un empellon á Ambrosio y le arroja al suelo, y se presenta Anselmo lleno de vendajes por donde entró.*)

ESCENA V.

DICHOS, ANSELMO.

Anselmo. Bien, hija mia! bien!

Maria. Padre mio! (*Abraza á su padre.*)

Anselmo. Huye sacrílego! no infestes con la ponzoña de tu criminal aliento este recinto de pobreza y de honor. La virtud ultrajada acaba de imprimir en tu rostro el sello de la infamia. Huye miserable, y no olvides las palabras de una inocente niña. «*En la humilde morada de este pobre jornalero, se prefiere el hambre á la deshonra.*»

Ambrosio. (Yo te precisaré á que te rindas á mis halagos) Á Dios, yo te juro que has de suplicarme que te proteja. (Yo me vengaré de tí! (*Vase.*)

ESCENA VI.

ANSELMO, MARIA.

Maria. Cómo se ha levantado V. en ese estado, padre mio?

Anselmo. Era preciso para ahuyentar á ese mónstruo.

Maria. Padre mio, no era el Señor, como yo creia el que nos enviaba á ese malvado.

Anselmo. Bien lo sé, pobre hija mia; la miseria nos rodea, Maria; pero no olvides nunca lo que has pronunciado poco ha: *La muerte antes que la deshonra.* Qué será de nosotros ahora!

Maria. Aun nos queda un recurso, padre. Tengo diez y seis duros que no pertenecen á ese mónstruo.

Anselmo. Diez y seis duros!

Maria. Sí, padre... y espero que me perdonará V. el haberme desprendido de un regalo que V. me hizo... No habia otro medio para salir de la indigencia que nos consumia... He vendido el canario en diez y seis duros.

Anselmo. El canario! cuanto siento, hija mia, que te hayas privado de él!... Le querias tanto! Mucho sacrificio es ese!...

Maria. El sacrificio es grande; pero sé que está en buenas manos, y esto me consuela. Además ¿debia yo anteponer mi canario, por mucho que le quisiese, á la salvacion de toda mi familia?

Anselmo. Ven, Maria... ven, hija mia, dame un abrazo! Cuanto siento en este instante no teneros á todos á mi lado... Ya no tendrán

hambre tus hermanos? Maria, hoy les darás de comer.

Maria. Sí, padre mio, ya podré darles de comer; mientras esté V. enfermo ya no tendremos necesidad.

Anselmo. (Qué idea!) Maria; dices que el canario está en buenas manos, y esto me induce á creer que conoces á nuestro bienhechor. Su nombre?

Maria. Señor, lo ignoro.

Anselmo. Cómo sabes pues que el canario está en buenas manos?

Maria. Porque... está en poder de un jóven jeneroso.

Anselmo. De un jóven! Dios mio! Y este jóven te ha hablado alguna vez de amores?

Maria. No le he visto mas que dos veces.

Anselmo. Pero te ha hablado de amores?

Maria. Me ha dicho... que me ama.

Anselmo. Maldicion! que te ama! un jóven que asi derrama el oro... que te ama! á tí pobre y desgraciada! Maria sabes donde vive ese jóven?

Maria. Me lo dijo, pero jamás me he acercado á su casa.

Anselmo. Eso no lo dudo, hija mia; pero mañana mismo, ya que es ahora muy tarde, es preciso que vayas á ella y devuelvas esa onza de oro. Hija mia, muramos todos de miseria primero que comprar nuestra salvacion con la deshonra. (Sucumbir á la muerte! no, no! si fuese yo solo la víctima... oh! en este caso seria mi tumba un lecho de flores; pero mis tiernos hijos.... porque han de morir? porque he de sacrificarlos á mi orgullo?... sí... á mi orgullo... No hay otros mas infelices que yo? No hay otros que mendigan su subsistencia? Yo estoy loco! Es vileza mendigar el sustento de mis hijos? no por cierto... se me confundirá con los vagos! oh! situacion terrible y afrentosa!... Pero es preciso arrostrarla con valor... es preciso hacerse superior á todo, cuando se trata de la salvacion de mis hijos... Es preciso ser padre para concebir todo el poder del amor paternal... ay! si mi coronel... si mi bienhechor viviera... no me veria en esta horrible situacion... Era tan bueno!... tan generoso.... pero ya no existe, murió peleando en defensa de su patria... Yo tambien he peleado por ella... he vertido mi sangre; y esta patria no me abandonará! Oh no! la patria jamás abandona á sus denodados defensores.. Todos somos hijos de esta misma patria, y todos debemos aspirar á que nuestra madre nos trate con igual amor... Pero entre tanto... me veré obligado á mendigar la caridad agena!... oh! cuantas veces merece la calificacion de heroismo lo que á los ojos del mundo es solo una desagradable humillacion! He arrastrado peligros inminentes en los combates con frente serena y corazon tranquilo... y al prepararme á implorar el socorro, que se dá á los pordioseros, me ruborizo y tiemblo cobardemente.

ESCENA VII.

Dichos, dos niños pequeños, *uno de ellos habla.*

Niños. Maria! papá! Quiero pan! tenemos hambre.

Anselmo. Mañana os daré pan, hijos mios.

Niño. Tenemos hambre, papá.

Anselmo. Venid hijos mios. venid á dentro que puede llegar el facultativo, yo os traeré mañana de comer.

(*Los lleva hácia dentro.*)

Maria. (Dios mio, Dios mio! cuando volverás tus ojos hácia nosotros.)

Anselmo. (Dios poderoso, esto es insufrible! Dadme fuerzas para poder resistir.) Maria, hija mia! me prometes devolver esa onza?

Maria. Sí padre, os lo juro.

Anselmo. Bien está... ádemas tengo que hacerte un encargo.

Maria. Mandad, padre!

Aeselmo. Que conserves intactas las monedas del infame don Ambrosio para devolverlas tambien.

Maria. Así lo haré, padre mio.

Anselmo. Entrad pobres hijos mios.

Niño. Me darás pan?

Ambrosio. Sí, sí.... Dios mio... Dios mio....

(*Va á entrar y siente que llaman á la puerta, se detiene, y entran cuando abre Maria un comisario y esbirros.*)

Maria. Quien llama?

Comisario. Abrid.

Anselmo. Abre, Maria, será el cirujano.

Comisario. (*saliendo.*) Es V. Anselmo Godinez conocido por el apodo del arrojado?

Anselmo. Yo soy.

Comisario. Daos á prision.

Anselmo. Quien lo manda?

Comisario. La justicia.

Maria. Por piedad señor, dejad á mi padre, y llevadme á mí por él.

Anselmo. Maria yo de nada sirvo ya en esta casa, tu debes ganar la manutencion de tus hermanos, Maria, valor! De nada me acusa la conciencia! tranquilizate.

Niño. No te lleves á mi papá!...

Anselmo. Quedaos con Dios, (*los abraza.*) hijos mios, quered mucho á Maria que ella no os abandonará. A Dios Maria, sé buena como hasta aquí; tu padre te lo ruega. A Dios, ya no volveré á verte mas, me siento desfallecer.... llevadme ahora donde gusteis.. Pero decidme, porque se me trata así?

Comisario. Por envenenador público!

Anselmo. Por envenenador?

Maria. Miente, quien tal dijere de mi padre.

Comisario. No puedo contestar á V. hermosa niña: en este momento ha sido denunciado como tal, por un hombre que ha estado aquí mismo con vosotros.

Maria. Don Ambrosio!

Anselmo. Vamos... vamos! cumple con lo que te tengo mandado hija!

Niño. Papa! papá!... no ves como llora Maria; porque te vas?

ESCENA VIII.

Maria, niños..

Maria. Venid hijos mios, venid á mi lado.

Niño. No llores, hermana mia!

Maria. No lloro, no, (Santos Cielos! que va á ser ahora de vosotros? que de mi desgraciado padre encerrado en una cárcel á pesar de su reciente herida? porqué vivir para tanto padecer? oh esto es horrible!

(*se arrodila ante un cuadro viejo, con los niños.*)

Oh! virgen santa
que desde el cielo,
dulce consuelo
dais al mortal.
Mi incierta planta
separa afable
de la culpable,
senda del mal.
Madre sagrada
de pecadores
que mil dolores
sufristeis; si.
Acongojada
mi alma os implora:
tened señora
piedad de mí.

ESCENA IX.

dichos *y la tia* esperanza.

Esperanza. (*Entra sin ser vista antes de concluir la plegaria. Al terminar esta, llama la atencion de Maria, que se levanta*) Hija mia, ese fervor con que te encomiendas á esa santa imagen me llena de alegría, porque... la verdad... en el dia son pocas las jóvenes que se conducen de esa manera.

Maria. Señora, me veo en una situacion tan lamentable, que sole Dios ó su divina madre pueden inspirarme alguna idea de consuelo. Esto es lo que estoy suplicando á esta inmaculada virgen.

Esperanza. Y qué es hija mia lo que causa tu dolor?

Maria. Señora, me veo abandonada: me veo espuesta á morir de hambre con mis hermanitos. Mi padre ha sido preso poco ha y me encuentro sola, enteramente sola y sin el menor recurso para alimentar á estas criaturitas. Quisiera hallar una colocacion en cualquiera casa, que me proporcionara mi subsistencia, y algo si pudiera ser para dar algun socorro á mi pobre padre y á estos angelitos.

Esperanza. Pues has de saber, hija mia, que esa divina imágen ha oido ya tus plegarias.

Maria. Cómo, señora?

Esperanza. Porque yo sé una casa donde buscan una jóven, así... como tú, y teniendo noticia de tus desgracias por una vecina, venia á proponerte esta colocacion. En esta casa podrás ser recibida esta misma noche, y con tal de que sepas coser medianamente y tengas disposicion para aprender lo que allí se enseñe, estarás como el pez en el agua, y podrás hacer algunos ahorrillos para socorrer á tu familia

Maria. Ah! señora... Dice V. bien... sin duda la Vírgen ha oido mis plegarias. Cuál es, señora, esa casa que dice V?

Esperanza. Casa de la marquesa de Turbias-Aguas, en la red de San Luis. A cualquiera que preguntes te dará razon. Esta colocacion te la proporciono porque tengo noticias de tí y me intereso mucho por tu suerte. Espero que cumplas como es debido.

Maria. Descuidad, señora, no se arrepentirá V. de haberme hecho tanto bien.

Esperanza. Así lo pienso. Con qué adios, hija mia; esta tarde puedes pasar á casa de la señora marquesa.

Maria. No faltaré.

Esperanza. Adios, Maria.

Maria. El cielo os premie tantos beneficios.

Esperanza. Adios, adios. (*Vase.*)

Maria. El Señor no abandona nunca á sus hijos.

ACTO TERCERO.

Casa de la marquesa de Turbias-Aguas amueblada decentemente.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, ESPERANZA, DON AMBROSIO.

Esperanza. Pues yo, señores, hice cuanto estaba de mi parte poniéndola en vuestras manos á fuerza de engaños.

Marquesa. Don Ambrosio no se ha quejado de vuestros servicios.

Ambrosio. Al contrario, Esperanza, yo te estoy sumamente agradecido porque has cumplido religiosamente lo que prometiste: tú no tienes la culpa de que Maria sea tan tenaz.

Esperanza. Tan tonta debe V. decir! Mire V. que no querer aprovechar la suerte que se le viene á las manos siendo una miserable, que el dia que V. se canse se morirá de miseria, es la mas grande majadería. ¡Cuantas señoronas que andan en coche y van al teatro, y al paseo y á todas partes, recibirian á V. con los brazos abiertos! Jesus! Jesus! me queman las gazmoñerias de esa gente infeliz.

Marquesa. Efectivamente que esto es irresistible; yo ya la hubiera abandonado: no faltarian otras...

Ambrosio. Abandonarla?... jamás! la amo con idolatría, y no perdonaré sacrificio por grande que sea para conseguir á Maria; sí, Maria es mi vida, sin Maria todo está demas para mí en el mundo. Yo quiero que Maria sea mia, dispongan VV. para ello de mis tesoros, de todo, de todo cuanto yo tengo.

Esperanza. Me ocurre una idea.

Ambrosio. Cual? Veamos.

Marquesa. Ello es preciso que trememos alguna cosa, porque con los halagos y las riquezas está ya visto que nada se consigue,

Ambrosio. Habla, Esperanza, habla; esa idea que dices..?

Esperanza. Escuchadme, señores, yo soy de parecer que aquí conviene un golpe maestro.

Ambrosio Pero...

Esperanza. Aguarde V. don Ambrosio. Maria cree estar sirviendo en esta casa, y cree que los ricos trajes que se le han hecho y todo cuanto recibe, es el premio de sus trabajos, sin conocer que nada ha hecho hasta ahora mas que disfrutar y dar cuatro puntadas que estarian bien pagadas con unos cuantos reales.

Ambrosio. Y bien?..

Esperanza. Ella está ya acostumbrada á esa buena vida, y no hay duda que la seria muy duro pasar de repente al miserable estado en que se encontraba antes de entrar en esta casa. Aquí el golpe nuestro. Hacerle saber de repente su verdadera posicion y la de su padre.

Ambrosio. Sí, Esperanza, dices bien. Voy, voy á escribirle una carta que la dejaremos aquí.

Marquesa. En mi gabinete encontrareis todo lo necesario...

Esperanza. No seria mejor hablarla?

Ambrosio. Podria recibir un nuevo desprecio?..,

Marquesa. Es mejor escribirla y dejarla sola para que reflexione sobre su suerte.

Ambrosio. Si, sí, decís bien, marquesa.

(*Vase.*)

ESCENA II.

ESPERANZA, LA MARQUESA.

Esperanza. Jesus! Jesus! qué muchacha mas tonta!

Marquesa. Estoy temiendo que nada vamos á conseguir!

Esperanza. Si este golpe no da buenos resultados...

Marquesa. Frescas quedamos entonces; bien podemos buscar un organillo, y largarnos á correr tierras.

Esperanza. Qué será de nosotras!

Marquesa. Esto es un contratiempo! Tener la fortuna en las manos y perderla por esa tontuela.

Esperanza. Y en verdad, señora marquesa, que yo aun no he recibido la parte que me corresponde de lo que se le ha sangrado ya al vejete.

Marquesa. Si todo se ha invertido hasta ahora en alhajar la casa y comprar trages á Maria. ¡Estaba una tan atrasada!

Esperanza. Y que tengo yo que ver con los atrasos de V.? Es menester que me dé V. alguna cosa á cuenta.

Marquesa. Ahora no puede ser, no tengo un real; luego pienso pedirle dinero, y entonces...

Esperanza. Entonces, puede que se nos haya escapado el pájaro; y cada una tendrémos que tomar nuestro camino.

Marquesa. Pues ahora es imposible.

Esperanza. Imposible? Veremos. ¿Pues que, yo que la he engañado para traerla, yo que he andado siempre tras ella, como el gavilan tras de la paloma, hasta que he logrado hecharle las garras y ponerla en manos de V. que nada ha hecho mas que tenerla en una casa que no es suya, y comerse lo que le han dado para ella, he de quedarme sin ningun provecho? Eso no puede ser, señora marquesa.

Marquesa. Estraño mucho que me falte V. así al respeto. Se ha olvidado V. de quien soy yo?

Esperanza. Por lo mismo que no me he olvidado de quien es V. le hablo de esta manera.

Marquesa. Soy la marquesa de Turbias-Aguas.

Esperanza. Por lo mismo no me fio de V.

Marquesa. Tia Esperanza!...

Esperanza. Marquesa!...

ESCENA III.

DICHOS Y AMBROSIO.

Ambrosio. Qué es esto, señoras?

Marquesa. Nada, tratábamos sobre cual seria el mejor modo de traer á buen camino á esa muchacha.

Esperanza. Si, tratábamos... (*Aparte á la marquesa.*) Señora marquesa, ó me da V. lo que me corresponde segun nuestro convenio, ó se acaba la riña en este instante.

Ambrosio. (*Mirando una carta y cerrándola.*) Bien está, esto tiene que ablandarla.

Marquesa. (*Á Esperanza bajo.*) Si, si, te daré lo que te corresponde.

Ambrosio. Ya está aquí la carta, y si esto no la rinde...

Marquesa. Yo espero que si.

Esperanza. Hágalo el cielo! Porqué sino... (*Aparte.*)

Marquesa. Silencio, aquí viene.

Ambrosio. Vámonos, dejarla sola.

Marquesa. Pero dejad la carta.

Ambrosio. Si, si, es verdad, aqui está. (*La pone sobre una mesa.*)

Esperanza. Vamos, que llega. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

MARIA.

Gracias al Señor que me dejan sola un momento... No sé que pensar de tanto como me atienden en esta casa. Yo vine aquí para trabajar, y nada me dan que hacer; todas son galas y diversiones... pero en medio de tanta grandeza no tengo nada que llevarle á mi pobre padre... ni aun me han permitido verle bajo mil pretestos. Señor! no permitais que piense mal de mis bienhechores! Qué puedo yo temer de una señora como la marquesa, y que tanto cariño me manifiesta? (*Se oye Música, y cruzan varias parejas por el fondo.*) Ya principia la música y los convidados van llegando... todos contentos, si, todos... y querrán qué yo lo esté tambien? Como se conoce qué ninguno de los qué me rodean, sufre tanto como yo! y sin embargo; es preciso disimular todo cuanto es posible cuando se tiene un dolor tan grande como el mio... Padre de mi corazon... Quizá mientras yo estoy en el baile, oyendo las impertinentes conversaciones de cuatro mozalvetes que no saben quien soy, porqué entonces me despreciarian, mi padre esté muriéndose de miseria... Si, yo quiero verle, quiero verle esta misma noche. Mas aquí hay una carta... (*Viéndola.*) y es para mí, si, para mí.. quien podrá escribir á Maria? veamos... (*Lee.*) «Maria; ya no me es posible guardar silencio por mas tiempo... te amo, con toda la pasion que puede amarse á un ángel del cielo... recuerda tu miserable estado, no ha mucho tiempo; mira lo que ahora te rodea... pues bien, todo es obra mia, todo me lo debes, y mas

me deberás aun si no eras conmigo ingrata.»— Ah, padre de mi corazon !... esto no es posible... quien es el que tan mal me trata? Veamos, veamos.—«Yo solo puedo salvarte: ámame, Maria, y serás feliz y salvarás á tu padre y á tus hermanos de la miserable situacion en que te verás otra vez, si desprecias las súplicas de tu siempre apasionado = Ambrosio.=» Oh monstruo de los infiernos!... Crees que con estas amenazas has de reducirme? Crees que he de faltar á los deberes que me impone el honor? Insensato! Contenta abandonaré estas riquezas que nunca aceptara si supiera el infame objeto que se llevaba para deslumbrarme. Volveré á mendigar mi sustento, pero nunca venderá Maria su honra, nunca venderé al oro... Maria morirá de dolor y de miseria, pero morirá honrada !... —Y mi padre? Mas como creer lo qué me dice ese infame? Mi padre es inocente, yo lo salvaré si en tal peligro se encuentra. Mas gente viene... disimulemos.

(*Se aparta á un lado.*)

ESCENA V.

BELLA-FLOR, MARIA, D. LUIS, ENRIQUE *sin ver á Maria.*

BELLA-FLOR. Vamos, querido Luis, que te parecen los preparativos del baile.

LUIS. Bien.

ENRIQUE. Esto indica que hemos de pasar una noche deliciosa.

MARIA. (*Ocultándose.*) (Don Luis!)

LUIS. (Maria!) *Descubriéndola.*)

BELLA-FLOR. Qué tienes, Luis?

LUIS. Aquella jóven...

ENRIQUE. Aquella jóven es esa Maria de quien estuviste enamorada.

LUIS. Y como se encuentra aqui?

BELLA-FLOR. La ha acogido la Marquesa bajo su proteccion.

LUIS. La Marquesa?... Dios mio! Dios mio!

ENRIQUE. Que es, señor don Luis? No os alegrais?

LUIS. Calle V., majadero. Ignora V. que amo á Maria?

ENRIQUE. No por cierto; pero...

LUIS. Y piensa V. que no conozco á la Marquesa?

ENRIQUE. Es una señora...

LUIS. Si, como muchas.

BELLA-FLOR. Ja, ja, ja! Es cosa particular!...

LUIS. Amigos mios, no puedo remediarlo; si algo me estimais, dejadme con ella á solas.

ENRIQUE. Pero hombre...

LUIS. Os lo ruego.

BELLA-FLOR. Vamos á darle gusto; en el salon de baile te aguardamos, amigo Pablo.

ENRIQUE. Dices bien; aquí tenemos á Pablo y Virginia. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

MARIA, DON LUIS.

MARIA. (*Aparte.*) Dios mio! me falta el valor. No me atrevo ni á mirarle.

D. LUIS. (*Idem.*) Ingrata!

MARIA. (*Idem.*) (No temo mas que su odio.)

D. LUIS. Eh?

(*Creyendo que Maria le hablaba.*)

MARIA. Don Luis!...

D. LUIS. Señorita! Ah! en vano ha sido hasta implorar de V. una sola mirada de compasion, en vano he procurado manifestarla todo el valor del interés que me inspira. Siempre ha sido V. sorda á mis palabras; ha desechado mis fuegos, y despreciando el sacrificio que la he hecho de mi voluntad se ha burlado V. de mis padecimientos.

MARIA. Qué dice V. don Luis?... yo burlarme?

D. LUIS. Sí, solamente puede llamarse de esta manera la desgraciada correspondencia que ha encontrado en V. la pasion mas inocente y sagrada. Ah! Maria, el conocer á V., que ha sido la única mujer á quien he amado, ha sido la mas cruel y desastrosa desgracia que tuvo mi corazon.

MARIA. Siento que juzgue V. con tanta severidad la conducta que he observado, cuando en ello no he hecho mas que seguir la senda que me prescriben mis deberes.

D. LUIS. Desde el momento en que he visto á V. por primera vez, la amé con frenesí, y si despues he querido contener esta pasion que atormentaba mi alma, mis esfuerzos han sido siempre inútiles. Mi pasion mucho mas noble y desinteresada que lo que V. piensa, no ha sido nunca un mero galanteo, no, sino un amor profundo é inestingible.

MARIA. (Cielos!)

D. LUIS. Dos veces he hablado á V. de esta pasion que devora mi pecho, de esta pasion que inútilmente he querido mitigar... y

cual ha sido su correspondencia de V., Maria? Bien sabe V. que solo ha respondido á mi amorosa pasion la mas fria indiferencia, mientras que un rival tan afortunado como indigno de vuestro amor, logra quizá la entera posesion de vuestro cariño.

MARIA. Me ultraja V., don Luis!

D. LUIS. Perdonad, señorita, mi razon se ofusca, y en este momento en que estoy delante de V., sí, en presencia de la única mujer á quien adoro, no sé lo que me digo. Pero cuando veo que despreciando mi amor, da V. oidos á las lisonjas de ese don Ambrosio que tan obstinadamente la persigue, y en cuya casa está V.

MARIA. Cielos!

D. LUIS. Sí, porque la preponderancia y amistad que disfruta con la marquesa, le ponen en el caso de considerarla como suya; además, cuando recuerdo que sacando á V. de un estado triste y precario la ha elevado al del lujo y ostentacion en el que con tanta estrañeza ven á V. mis ojos, ni yo sé que pensar, ni me atrevo á pedir esplicacion alguna.

MARIA. Dios mio! Dios mio! qué desgraciada soy! Diga V., sabe V. qué casa es esta? Oh! por piedad, no me oculte V. nada de cuanto se pasa, sí, V. ignora toda la estension de mi infortunio!

D. LUIS. Maria!

MARIA. No ha dicho V. que esta casa es lo mismo que si fuese la del pérfido don Ambrosio? Oh! por compasion diga V. que esto no es cierto, diga V. que es una ilusion, un engaño de mis sentidos, diga V. que la marquesa no es cómplice de sus maldades.. Ah! don Luis! calla V. no me responde?... Dios mio! Dios mio! qué os he hecho yo para que permitais que haya sido tan vilmente engañada?

D. LUIS. Qué oigo, Maria! será posible; V. ha sido engañada?

MARIA. Don Luis, favorézcame V., ampáreme V., yo he venido aquí, instigada por una mujer pérfida y astuta, que se ofreció á protejerme para entrar al servicio de la marquesa á quien nunca he conocido. El triste estado de mi familia y la enfermedad y prision de mi desgraciado padre, me pusieron en el caso de codiciar un pedazo de pan ganado con una honradez que hasta ahora he conservado ilesa.

D. LUIS. Malvados! todo lo comprendo!

MARIA. En esta casa en la cual se me han prodigado toda clase de atenciones desde que he llegado á ella y en la que la señora marquesa ha fingido profesarme un cariño y una amistad propia de la mas refinada hipocresía, no he visto á ese mónstruo de perversidad, á ese don Ambrosio, que Dios confunda, y del cual espero me liberte V. para volver otra vez al lado de mi familia, y socorrer á mi triste y desventurado padre del cual se han querido librar arrojándole á una odiosa prision.

D LUIS. Infames! pronto sentirán el peso de mi venganza, Maria, yo la protegeré á V. y en vano se unirán sus perseguidores para perderla. Yo cuento con la cooperacion de mis amigos Enrique y Bella-flor, y con el ausilio de mi padre para vencerlos y puedo asegurar á V. que nada, nada será capaz de oponerse al triunfo de la inocencia y de la virtud, tan infamemente perseguida.

MARIA. Ah! sí, don Luis, ampáreme V., todo lo espero de su bondad.

D. LUIS. Maria, ahora que ha justificado V. su inocencia, se presenta V. á mis ojos mas encantadora que nunca.

MARIA. Don Luis!

D. LUIS. Maria! diga V. que me ama, diga V. que no me ha mirado nunca con indiferencia, y el cielo que es testigo de la pureza de mis intenciones protegerá nuestra causa y nuestros amores. No es cierto que me ama V. Maria?...

MARIA. Sí, don Luis, desde el primer dia que ví á V. no he dejado de amarle un solo momento.

D. LUIS. Oh! qué felicidad! Ámeme V. siempre, Maria, con la firmeza con que yo la adoro y cifremos todos nuestros deseos en confundir á los enemigos que se oponen á nuestra dicha, apresurando el feliz momento de nuestra suspirada union. Mi padre que debe llegar hoy mismo á esta corte, estoy cierto que aprobará y bendecirá nuestro enlace. Mil veces me ha dicho que desprecie las preocupaciones del mundo y no busque mas que la virtud en la mujer que elija por esposa. Cuando llegue este instante, créame V., Maria, no tendré otros deseos que los de hacerla feliz.

MARIA. Gracias, don Luis; no dude V. que hará mi felicidad, porque yo no podré nunca dejar de ser dichosa á su lado. Sé que me ama V. por mi sola... sin títulos, sin esperanzas... sí, la pobre Maria merece de V. un amor puro y desinteresado.

D. LUIS. Idolo mio!

MARIA. Corra V., don Luis, no se detenga y considere la posicion de mi familia y la perseverancia de nuestros enemigos.

D. LUIS. Adios Maria ; corro á salvar á V. ó á perecer en tan gloriosa demanda.

MARIA. Don Luis!...

D. LUIS. Adios !

ESCENA VII.

MARIA.

Dios poderoso! vos que regís y gobernais el mundo, teniendo en vuestras manos el destino de los hombres, tened misericordia de nosotros, compadeceos de nuestros sufrimientos y recompensad nuestra confianza!... — Siento pasos.

(*Don Ambrosio entra de puntillas por una puerta secreta.*)

ESCENA VIII.

MARIA, DON AMBROSIO.

AMBROSIO. Chit! Chit! Maria.

MARIA. Cielos! me horroriza la vista de este mónstruo.

AMBROSIO. Maria? mi adorada Maria?...

MARIA. Caballero, si ha creido V. que haciendome probar por medio de una intriga infernal la diferencia que existe entre los tormentos de la miseria y los placeres del lujo y de la abundancia, sacrificaria mi honor á la ambicion, se ha guiado V. sin duda por los infames sentimientos de su alma corrompida.

AMBROSIO. Ingrata! merecen mis beneficios semejante insulto? Qué seria de V. sin ellos?

MARIA. Sin ellos, sin los viles engaños que califica V. de beneficios seria pobre... es verdad, pero la pobreza no deshonra á nadie, y Maria, aunque hija de un infeliz jornalero prefiere su honor á todas las riquezas del mundo. Si ultimamente me hallaba contenta en medio de una sociedad brillante, era porque ignoraba el verdadero origen de mi posicion; me creia feliz porque me juzgaba entre personas honradas; pero V. mismo ha rasgado la venda que me cegaba, y el lujo que me rodea me abruma mil veces mas que todos los horrores de la indigencia.

AMBROSIO. Está bien, Maria, me avergüenzo de mi humillacion, pues conozco la causa de tu resistencia. Amas á otro, Maria, amas á otro que te engaña. Dí, no es verdad que el jóven á quien me refiero te ama mucho?...

MARIA. Me ama, me adora, y en ello cifro yo toda mi dicha !

AMBROSIO. Detrás de esa puerta he oido vuestra conversacion, he escuchado sus promesas. Necia, ese hombre que te ha jurado tanta fidelidad, te despreciará bien pronto.

MARIA. Qué dice V.?... Ah! no. Él es tan noble y generoso como V. pérfido y malvado!

AMBROSIO. Sí dentro de poco va á caer un borron sobre tí y sobre tu familia que te grangeará su desprecio, pues tu padre está en vísperas de morir en un cadalzo.

MARIA. Cielos! en un cadalso! mi padre va á morir en un cadalso?...

AMBROSIO. Sí, solo yo puedo salvarle.

MARIA. Imposible! imposible! Esa es una trama vuestra para seducirme.

ESCENA IX.

DICHOS, LA MARQUESA.

MARQUESA. Qué es esto? mi querido amigo? Qué os sucede, Maria? Cómo os encuentro tan alterada y tan...

AMBROSIO. Perdonad, señora marquesa, lo que acaba de pasar entre nosotros no vale nada; la causa de todo es que Maria es muy inocente para conocer lo mucho que me intereso por su suerte, desprecia mis desvelos y mis cuidados; no atiende al brillante porvenir que la promete mi síncera amistad...

MARIA. Mónstruo!

MARQUESA. Será posible, hija mia, que olvideis así los beneficios y atenciones que debeis á don Ambrosio, que se ha interesado tanto por vuestra suerte, que os ha arrancado de las manos de la miseria y...

D. AMBROSIO. Bah, Marquesa, no la digais eso, la vais á abochornar! (*Aparte.*) (Seguid marquesa ; apretadla.)

MARIA. (*Llorando.* (Oh! Dios mio, librad-me de tanta maldad!)

MARQUESA. Maria! Olvida V. así las mercedes que recibe?...

AMBROSIO. Lo vé V. marquesa, ya la ha hecho V. llorar.

MARQUESA. Se equivoca V., don Ambrosio, no es V., ni tampoco el recuerdo de sus favores, los que hacen verter lágrimas á esta

señorita, no, Maria llora, pero ese llanto es hijo de su vanidad, sí, de su orgullo.

Maria. Piedad, Dios justo!

Ambrosio. Vaya, no la riña V. mas; se lo suplico. — (*Aparte á la marquesa.*) (Siga V. marquesa... va bien, muy bien!)

Marquesa. V. ha espuesto su vida y sus intereses por el padre de esta señorita, ha socorrido su miseria cuando todo el mundo la miraba con el desprecio con que se mira á la gente vagamunda.

Maria. Señora! (*Con dignidad.*)

Ambrosio. Marquesa, yo no he hecho nada de eso para que me lo agradezcan ni he llevado mas objeto que cumplir y satisfacer los leales impulsos de mi corazon. Esta es la única mira que me ha guiado á socorrer al padre de esta señorita, y os aseguro que en este momento solo pensaba en salvarlo del inminente riesgo en que se halla.

Maria. Y tiene V. valor, hombre odioso, y detestable, de decir en mi presencia tan insolentes palabras! pues qué? ignora V. que es la causa de todas mis desdichas?...

Marquesa. Miren qué lenguaje!

Ambrosio. Hé, no la haga V. caso.

Maria. Yo te desprecio, hombre infame y fementido, y te acuso como calumniador de mi desgraciado padre á quien quieres conducir al cadalso para burlarte de mi horfandad.

Marquesa. Ah! no oye V.?

Ambrosio. Qué es lo que dice, marquesa?..

Maria. Digo que es V. un hombre inícuo. que conozco la procedencia de sus favores, que le desprecio; y que ahora mismo salgo de esta casa, cuyo aspecto me horroriza, para presentarme á la autoridad y denunciar vuestros crímines.

Ambrosio. Maria, delira V. sin duda!

Maria. No, no, mi causa es sagrada y justa. Dios á quien nada se le oculta y que conoce la justicia que me asiste, me defenderá y egerciendo su benéfico influjo en el ánimo de los jueces me prepara ya la mas horrible venganza.

Marquesa. Don Ambrosio!

Ambrosio. Desgraciada! y quien te ha de sacar de aquí, miserable! quién te librará antes de mi furor y de mi temible enojo?

ESCENA X.

DICHOS, DON LUIS, BELLA-FLOR Y ENRIQUE.

D. Luis. Yo!

Maria. Querido Luis!

Marquesa y Ambrosio. Maldicion!

D Luis. Venimos á salvarte.

Maria. Oh, Luis mio! el cielo ha guiado vuestros pasos.

Bella-flor. Ya se han descubierto todos vuestros engaños, señora marquesa! Sabemos que vuestro título es tan falso como vuestras acciones.

Marquesa. Dios mio!

Enrique. Don Ambrosio, estais perdido para siempre.

Ambrosio. No entiendo lo que decís.

Enrique. Ya os lo harán entender los tribunales.

D. Luis. Maria, á la puerta nos espera mi madre en un carruage, sígame V.

Maria. Sí, sí, salgamos de esta detestable casa!

Bella-flor y Enrique. Adios, señora marquesa.

D. Luis. Mónstruo, esta vez se te escapa la presa de las manos. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

DON AMBROSIO, LA MARQUESA.

Ambrosio. Maldicion!

Marquesa. Todo se ha perdido!

(*Se deja caer en una silla.*)

ACTO CUARTO.

El teatro representa la capilla de los reos condenados á muerte; puerta al fondo; á la derecha del actor habrá un altar con un crucifijo alumbrado por dos velas verdes.

ESCENA PRIMERA.

ANSELMO *y un* SACERDOTE.

SACERDOTE. Vamos, hijo mio, valor, Dios no abandona nunca sus criaturas, poned en él vuestra confianza y estad seguro que la gloria eterna será la recompensa de vuestro arrepentimiento.

ANSELMO. Dios mio, Dios mio! será posible que me tuvieseis reservado este espantoso martirio?

SACERDOTE. Dios es grande, é infinita su misericordia. El te dará valor para soportar tu desgracia.

ANSELMO. Padre! Dios sabe que no tengo en este mundo mas anhelo que el de abrazar mis hijos... Desengañado ya de la miseria de este mundo y de su sociedad solo quisiera poder aliviar en algo la suerte de mi familia. Hija mia! mi querída hija!... ven y recibe el último abrazo de tu desgraciado padre: ven antes que corte su existencia el horroroso golpe de la muerte. Ah! no, la muerte, no! la infamia! La muerte es el descanso del hombre; pero el suplicio es el baldon, el ludribio de los críminales, y yo soy inocente!

SACERDOTE. Tranquilizaos, hermano; Dios no puede engañarse, y penetra en el fondo de los corazones.

ANSELMO. Qué será de mis hijos? Ay! ellos sufrirán eternamente la desgracia de su padre. No solamente son víctimas de la mas espantosa miseria, sino que reducidos á la horfandad, tendrán que llorar amargamente mi desgraciado fin: y viviendo humillados con el sello de la infamia estampado sobre sus frentes clavarán en el polvo la vista ruborizada, cuando señalándoles con el dedo, la sociedad diga sarcásticamente; *mirad, esos son los hijos de un ajusticiado!*

SACERDOTE. Desechad esa ideas: la sociedad se conduele de las desdichas de los hombres y Dios nos aguarda en el cielo para recompensar los padecimientos de la vida.

ANSELMO. Sí, sí: la sociedad los mirará desamparados, despreciados y hasta escupidos por sus semejantes, y á pesar de sus virtudes no hallarán quien los proteja ni les socorra! nadie les confiará trabajo, y se les negará una limosna con que saciar el hambre que les consume.

SACERDOTE. Hijo mio!

ANSELMO. Que horrorosa es la muerte cuando se presenta á nuestres ojos tan infamante y lejos de los halagos y de la presencia de nuestras familias! Morir! Ah! no, yo no puedo morir sin despedirme de la mia, sin abrazar á mis hijos! yo quiero verlos padre, decid, no es cierto que los veré? no es verdad que voy á estrecharlos otra vez contra mi corazon?

SACERDOTE. Reflexionad bien el disgusto que va á ocasionarles la entrevista que deseais. No seria mejor que depositaseis en mí vuestra confianza; y fuese yo quien les manifestase vuestra última voluntad?...

ANSELMO. Oh! no, yo quiero ver á Maria, quiero darla el último á Dios!

SACERDOTE. Bien, como gusteis, no debo replicaros.

ANSELMO. Sí, sí; que venga, que venga mi hija.... Es tan virtuosa como encantadora, y tan honrada como desgraciada. (*volviendose á la puerta*) Maria! Maria! ven y abraza por la postrera vez á tu desventurado padre! no vienes, hija mia? ni siquiera me respondes! Cielos! que veo! esa puerta se abre!

(*Vase el sacerdote.*)

ESCENA II.

ANSELMO *y* MARIA.

MARIA. (*Que corre precipitadamente para abrazar á su padre.*) Padre!...

ANSELMO. Hija mia! (*reservandose.*) Llora, llora infeliz... tu corazon es aun sensible á las desgracias de este mundo!... El mio está ya frio como la losa del sepulcro. Estrechale, hija mia, entre tus brazos!

MARIA. Padre! Vengo á buscar á V. para que seamos felices, pues ya podemos contar

con un porvenir dichoso. Sí, gracias á la caridad de ciertas almas nobles y generosas, nuestra suerte variará muy pronto y V. y mis hermanos seremos todos felices. Qué, no me responde V.... pero que es esto! El aspecto de este sitio me estremece... El estado de su salud de V. me horroriza... Diga, V por qué no viene V. otra vez á nuestro lado?

Anselmo. Pobre Maria! Has perdido el juicio!

Maria. Dios mio! El tono con que pronuncia V. esas misteriosas palabras y la horrorosa calma que advierto en sus facciones... hiela la sangre en mis venas.

Anselmo. Sí, lo veo por los adornos que te cubren.... lo conozco por tus mismas espresiones, Maria, es preciso deshechar esos beneficios que dices te prodigan ciertas almas caritativas! y cristianas! Hay en el mundo tan poca caridad! Hija mia, no creas nunca en la caridad de los hombres... el egoismo es el único móvil de sus acciones... desconfia siempre de sus apariencias, porque ya nadie hace bien á los demas, sino le resulta alguna compensacion de su desprendimento. Todo lo que parece generosidad, es siempre especulacion.... A la conducta de unas bellas apariencias precede siempre el cálculo y el propio interés. Nada se hace por sentimientos nobles de humanidad, y si casualmente hay en el mundo corazones generosos les es imposible ostentar beneficencia por que la sociedad traduce por simpleza la virtud, y hace mofa de los que la ejercen; Maria, esas dádivas son deshonrosas! á tu cuidado, á tus buenos sentimientos encargo tu propia salvacion. Si desgraciadamente hubiesen seducido tu candor, aun puedes volver á la senda de la virtud.

Maria. Que pronuncia V. padre mio! yo no he faltado nunca á la educacion que V. me ha dado, no, yo soy aun digna de vuestro amor.

Anselmo. Maria!

Maria. Las comodidades que en el dia se nos ofrecen no tienen el menor origen vergonzoso. V. se convencerá de ello, querido padre, cuando conozca á nuestros bienhechores. Sí, V. los amará como yo, cuando vuelva V, al seno de la familia.

Anselmo. Al seno de mi familia! Desgraciada! No sabes aun que ya no puedo volver á vuestro lado?

Maria. Que dice V. Cada palabra suya me llena de estupor.

Anselmo. Ignoras á donde iré desde aquí?

Maria. (*Con impaciencia.*) Á donde?

Anselmo, Desventurada! Dentro de poco saldre de aquí para el patíbulo.

Maria. Al patibulo»... Ay!... no, no... El patíbulo! (*Cae desmayada.*)

Anselmo. Pobre Maria! (*Contemplándola.*) Todavía siente, no ha apurado como yo la copa de la amargura!... no ha agotado aun el sufrimiento.

(*En este momento se oye un redoble de tambor; se abre la puerta del fondo y entran en la habitacion el sacerdote, el escribano, el verdugo y el carcelero, quedándose á la puerta el acompañamiento militar.*)

Anselmo. (*Al oir el redoble.*) Ah! Dios mio!

(*En el momento de entrar el verdugo le pone la túnica y el birrete: el carcelero corre á socorrer á Maria.*)

Carcelero. Qué es esto? una muger desmayada!

Verdugo. (*Poniéndose de rodillas ante Anselmo.*) Me perdonas?

Anselmo. Si, te perdono!

Sacerdote. Dios te perdonará tambien (*Al reo.*) y te recibirá en la mansion de los justos.

Carcelero. Qué lástima!... Desgraciada jóven! (*Se oyen dos campanadas.*)

Sacerdote. (*Tomando el crucifijo del altar.*) Vamos, hijo mio, marchemos.

Anselmo. Padre, mis hijos!... Maria!.. adios, querida hija; sé virtuosa, no abandones á tus hermanos, y diles que ya no teneis padre!!!... vamos al cadalso.

(*Sale la comitiva cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA III.

MARIA Y EL CARCELERO.

Carcelero. Ya vuelve!

Maria. (*Volviendo en sí.*) Dios mio!... que sueño tan horroroso!

Carcelero. Desgraciada!

Maria. Donde estoy!... quien es V?... donde me hallo?... (*En este momento se oye sonar un redoble de tambor.*) Ah! Dios mio! ya lo comprendo todo, esa señal anuncia la egecucion de mi pobre padre! Dios mio! Dios mio! Salvadlo, tened compasion! Compasion! pues qué, no soy yo, no es su misma hija quien lo conduce al cadalso? No es mi belleza, esta

belleza que tan desgraciadamente me ha concedido el cielo, la causa de su suplicio? No es ella la causa de la terrible horfandad en que quedan mis pobres hermanitos? Si, padre mio, un hombre infame abortado por el infierno, un monstruo de iniquidad y perfidia que ha querido seducirme para manchar tu frente con la mas negra deshonra, te ha calumniado.

CARCELERO. (Infeliz!) Señorita, serenaos.

MARIA. Cielos! un hombre! quien eres, dime?... qué buscas? Ah! vienes á preguntarme por mi padre?... Mírale, allí va... ves esa multitud que camina condolida al lado de ese cortejo fúnebre que conduce una víctima al cadalso?... Ah! no me abandoneis... tengo miedo! Si me horrorizo y tiemblo ante el horroroso espéctáculo que ofrece á mi vista la rojiza llama de esas hachas mortuorias. Ay!... Mi frente se abrasa!... Mis ojos ya no lloran, no; ni aun lágrimas me quedan que verter... mis párpados están secos.

CARCELERO. Cielos!

MARIA. No oís?... Mis hermanos me llaman.. Qué dicen?... vuestro padre?... Miradle ha salido de aquí para subir al cadalso. Lloran.. se agarran á mis vestidos; si, si, vamos á salvarle, venid conmigo, vosotros sois inocentes, imploraremos su perdon y si no nos oyen moriremos á su lado.

ESCENA IV.

DICHOS Y D. LUIS.

D. LUIS. Maria! Maria!

MARIA. Socorredme, amparadme, van á ajusticiar á mi padre, lo llevan al patíbulo... corramos á defenderle.

D. LUIS, Tranquilízese V. Maria! ya se ha declarado su inocencia, y mi padre que aprueba nuestros amores ha corrido á solicitar su perdon.

MARIA. Cuide V. de mis hermanos, si, yo no puedo detenerme un momento. Lo vé V... allí está su calumniador; si: ese hombre infame que no pudiendo seducirme ha calumniado vilmente á mi padre para que la afrenta de su muerte me haga renunciar á la senda del honor.

D. LUIS. Don Ambrosio! ese hombre vil y sanguinario es la causa de nuestras desgracias!

CARCELERO. Dios mio! será posible?

MARIA. Corramos á salvarle!

D. LUIS. Maria, ponga V. en Dios su confianza y...

CARCELERO. Sosegaos: aun es tiempo!...

MARIA. No, no; mirad. Ya llegaron al cadalso... Mi padre me llama desde el patíbulo, voy á obedecerle.

D. LUIS. Cielos!... sino habrá llegado á tiempo mi padre!

MARIA. Veis ese charco horrible de sangre? pues esa es la sangre del mas bueno, del mas honrado de los hombres?... y ese hombre era mi padre!... Maldicion!... venganza sobre su asesino!

(*Cae desmayada en los brazos de D. Luis. Se oyen murmullos y pasos fuera de la habitacion.*)

D. LUIS. Maria!... no vuelve!... Dios mio, tened misericordia!

CARCELERO. Ese rumor... no oye V?

D. LUIS. Si, si, corred, corred!...

CARCELERO. Dios se habrá apiadado de nosotros. (*Vase.*)

D. LUIS. Vuelve en tí, Maria: Escúchame, soy Luis, tu mejor amigo!

MARIA. Ah!

D. LUIS. (Ya vuelve.) Dios mio, tened piedad!

MARIA. Qué es lo que ha pasado por mí?... Ah!... mi padre? donde está?...

(*Maria corre precipitada por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

DICHOS, ANSELMO, EL SACERDOTE Y EL CARCELERO.

MARIA. (*Abrazando á Anselmo.*) Padre mio!

ANSELMO. Hija mia!... (*Abrazando á Maria.*) Hija mia!!!

(*Movimiento genéral de alegría.*)

ANSELMO. (*Que teniendo abrazada á su hija la va separando poco á poco y mirándola con estrañeza.*) Quien es V? no, no, V. no es mi hija... mi hija era una pobre niña llena de rubor y de inocencia. Si, ahora recuerdo que V. me ha dicho que tiene en la sociedad muy buenos protectores... ellos recibirán á V. como merece una gran señora; pero en la casa de un pobre jornalero no tiene cabida la prostitucion.

MARIA. Dios mio! que oigo!

ANSELMO. Ya que me habeis vuelto á la vida que no tiene para mí atractivo ninguno quiero volver otra vez á mi honrada miseria, porqué..

cualquiera que sea mi libertador, me habrá hecho un fatal presente si he de ser testigo de nuestro vilipendio y vivir á espensas de la deshonra de una hija.

MARIA. Padre!

D. LUIS. Señor!...

ANSELMO. Si, mejor quiero pedir limosna que llevar en la frente el sello de la infamia.

MARIA. Dios mio! Dios mio!

D. LUIS. La naturaleza no concede á V. derecho para tratar asi á la mas virtuosa de las hijas. Ella ha sabido consérvar ileso y puro su honor en medio de mil infortunios... y cuando viene resuelta á abandonar el mundo para no ser víctima de los lazos que tiende la seduccion á la hermosura, cuando viene sin mancilla á buscar su puesto de salvacion en los brazos de su padre... se vé lanzada ignominiosamente de ellos! Además, Maria ha resistido con valor los continuos ataques de la perfidia y de la seduccion y el mismo hombre que se atrevió á calumniarle para que una afrentosa muerte pusiere en sus manos á la inocente víctima, ese mismo ha sido rechazado por la honradez y modestia de vuestra hija.

AUSELMO. Don Ambrosio!

D. LUIS. Sí, ese mónstruo ha sido la causa de todas vuestras desgracias. Él quiso seducir á vuestra hija, y viendo que su virtud la libraba de sus azechanzas, y que la honradez de V. era un obstáculo insuperable para sus miras, le denunció á los tribunales como cómplice del horroroso delito de envenenador; pero afortunadamente la providencia la ha defendido, dándole protectores generosos y desinteresados.

ANSELMO. Será verdad? Maria á quien he creido un momento descarriada, es aun digna del cariño de su padre! Déjadme llorar de arrepentimiento.. mi corazon está oprimido. Ah! he sido un padre desnaturalizado con la mas adorable de las hijas... Maria! Maria! dónde está; quiero abrazarla, voy á arrojarme á sus piés, quiero pedirla perdon.

MARIA. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ah! padre de mi corazon!

ANSELMO. Hija mia, lo ves, estoy llorando de arrepentimiento, pero tú no eres rencorosa, y me perdonarás, no es verdad?

MARIA. Padre, por Dios, no me digais eso porque me traspasais el corazon.

ANSELMO. Y tus hermanos, dime, cuando los veré?...

MARIA. Ah, sí, al momento, padre mio, no desean mas que abrazarle.

ANSELMO. Yo quisiera vivir á vuestro lado para no separarnos nunca. Dime, dónde estan? quienes son tus protectores? yo quiero conocerlos para demostrarles mi agradecimiento.

MARIA. Ah, sí, nuestros protectores allí los teneis, miradlos.

(*Señalando hácia la puerta.*)

ESCENA VI.

DICHOS, EL CORONEL, EL MARQUÉS DE BELLAFLOR Y ENRIQUE.

ANSELMO. (*Viéndolos entrar.*) Mi coronel!.. mi coronel!.. será posible? ó es esto una cruel pesadilla que hará luego mas acerba mi desgracia?

CORONEL. (*Abrazándole.*) Querido Anselmo!

ANSELMO. Por Dios... por Dios... decidme que no es esto un sueño... decidme que no es un engaño...

CORONEL. No, querido Anselmo, no te engañas, soy tu coronel, ó por mejor decir, tu antiguo camarada, tu hermano!

MARIA. (*Besándole la mano.*) Qué felicidad! Nosotros que habiamos llorado tanto la muerte de V..

CORONEL. Es verdad, hija mia; tuve la desgracia de morir en los papeles públicos. Los señores periodistas me mataron de un rasguño, de una sola plumada; hay plumas mas terribles que la lanza de un guerrero; pero lo que es en el campo solo quedé herido, aunque de bastante gravedad; y el resultado ha sido imposibilitarme para el servicio militar.

ENRIQUE. Seguramente vuestro apreciable coronel ha conquistado á muy buen precio los laureles con que ha coronado su gloriosa carrera.

ANSELMO. Todos los periódicos decian terminantemente que habia V. muerto.

CORONEL. Es un milagro que pueda contarlo hoy... porqué la herida fue muy cerca del corazon y para estraer la bala tuvieron que hacer una carnicería en mi cuerpo. En fin, no hay mal que por bien no venga; ahora tengo un escelente termómetro que me anuncia todas las alteraciones del tiempo, lo que hace á menúdo y con tanta espresion que no deja de atormentarme hasta el punto de haberme puesto varias veces en peligro mi existencia.

ANSELMO. Pobre coronel! En lo sucesivo mi

hija y yo nos encargamos de cuidarle mucho. No es verdad, Maria?

MARIA. Ah! sí, cuidaremos á V. con todo nuestro cariño.

CORONEL. Bien Maria! Venga un abrazo, tu padre lo consiente, y estos señores que están presentes disimularán mi franqueza. Los viejos tenemos privilegio esclusivo para esta clase de libertades. (*Se abrazan.*)

BELLA-FLOR. (*Dirijiéndose á Enrique.*) Qué buen carácter tiene este coronel.

ENRIQUE. Es un hombre tan bondadoso que nadie puede tratarle sin amarle entrañablemente.

ANSELMO. Pero decidme, señores, de qué manera han conseguido VV. mi perdon? Ah!.. bien puede decirse que la mayor desgracia suele ser precursora de la mas grande felicidad! No os sonriais, coronel, ya soy completamente feliz.

CORONEL. No lo dudo, solo tu hija es capaz de hacer la felicidad de un príncipe.

MARIA. Señor!...

ANSELMO. Sí, ella es mi mayor orgullo; pero decidme, como os habeis valido para arrancarme de los brazos de la muerte?..

CORONEL. Vais á saberlo. Iniciado por estos señores, en cuanto llegué á Madrid me informaron de la infame conducta que observaba con vuestra hija la marquesa de Turbias-Aguas á cuyo servicio habia entrado de doncella Maria, por sugestiones del pérfido Don Ambrosio...

ANSELMO. Quién! ese malvado que me calumnió infamemente por seducir á mi hija.

CORONEL. Sí, ese mónstruo de iniquidades que encubierto con la mas falsa esterioriadad ha cometido toda clases de delitos, ha sido preso esa mañana.

MARIA. Malvado!

TODOS. Qué infamia!

CORONEL. Una infeliz que habia servido de instrumento á sus torpes deseos y que habia sido encerrada en una casa de correccion á instancia de ese hombre, atacada funestamente del cólera ha muerto ayer revelando las infamias que cometia don Ambrosio en union de la hipócrita marquesa, y de una tal Esperanza.

TODOS. Infames!

D. LUIS. Además se sabe que una desdichada jóven á quien habia deshonrado habia atentado contra su vida prefiriendo la muerte á su atroz desgracia.

ANSELMO. Qué historia tan degradante!

CORONEL. Oh! su historia seria larga de contar, baste saber que sus crimnees y los de sus cómplices están plenamente justificados por confesion de la misma marquesa de Turbias-Aguas que está tambien en poder de la justicia. Como ya conocerás he demostrado al ministro tu inocencia, la cual constaba en los papeles que se han hallado en su casa, entre los cuales se han encontrado tambien documentos importantísimos relativos á una conspiracion en sentido carlista de la que parece era gefe principal.

TODOS. Qué iniquidad!

ANSELMO. Oh! mi querido coronel! cómo podré pagaros tan sagrada deuda?

CORONEL. Cómo! qué deuda? pues qué, has olvidado tan pronto tu heroica accion, ó es que quieres quitarme la satisfaccion de recompensártela? Cuando me salvaste la vida en aquella sangrienta batalla, te ofrecí oro en abundancia, te ruborizó mi oferta, y entonces te concedí mi amistad. Yo no soy olvidadizo!

ANSELMO. Ah! sí, esa amistad es para mí la mayor de las felicidades!

CORONEL. En aquella ocasion te dije: (*Alargándole la mano.*) Anselmo, deseo ser tu hermano!

ANSELMO. Voto al chápiro, mi coronel, que me vais á hacer llorar como un chiquillo!

SACERDOTE. Qué satisfaccion!

CORONEL. Mira; este perillan, aquí donde tú le ves hecho un mozo de provecho, (*Refiriéndose á don Luis.*) es mi hijo, ama á tu hija y es preciso casarles.

ANSELMO. Señor!...

MARIA. Su hijo!...

LUIS. Qué felicidad!

BELLA-FLOR. Chico, que sea en hora buena!

ENRIQUE. Yo soy tu padrino!

CORONEL. (*Don Luis.*) Vaya; está V. contento, buena alhaja? y V. señorita, (*A Maria.*) consentirá en llamarme su padre?

MARIA. Señor coronel!...

CORONEL. Vaya, no hay que darle vueltas! afuera cumplimientos y darse un abrazo!

LUIS. Maria! } (*Abrazándose.*)
MARIA. Luis! }

CORONEL. (*A Anselmo.*) Ahora vamos nosotros á ver los chiquillos!

TODOS. Sí, vamos, vamos!

FIN DEL DRAMA.

3 0112 117470754

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.